

Homilía

3.4.2016

Un día a Dios se le ocurrió que la historia, y el mundo con ella, sólo podía continuar

- si Él mismo insistía y volvía a insistir en que Él estaría siempre presente con nosotros en cada etapa y capítulo de nuestro camino vital: allí donde surgía la encrucijada de las preguntas radicales, del dolor inexplicable, de la duda sobre si amar o no;
- si insistía y volvía a insistir en que Él estaba, después de todo, en lo más profundo de nosotros porque era mayor que nosotros;
- si insistía y volvía a insistir en que Él nos devolvería nuestra identidad más honda desde la que viviéramos a fondo.

En ese día verdaderamente creativo de Dios se le ocurrió poner en medio de nuestra historia, y del mundo con ella, a su Hijo Resucitado. Y le pidió que apareciera a quienes habían perdido toda esperanza.

Como hoy nos narra el Evangelio, el Señor hizo tres gestos como Resucitado, gestos que, de una forma u otra, repetía cada vez que se aparecía a quienes estaban perdidos:

- Mostraba continuamente sus heridas, donde estaban sellados los efectos y las personas de todas las *fronteras y periferias* construidas por la humanidad. Las mostraba como suyas, imborrables, llevadas en lo más íntimo de Él, como las marcas de un beso fallido de la muerte. De manera que el Resucitado siempre se presentaba con ellas, nunca sin ellas. El Resucitado era el Herido. Aquellas eran *Sus* heridas y sólo con *Sus* heridas quería ser experimentado.
- Mostraba continuamente sus heridas, pero enmarcadas y abrazadas en una Vida que misteriosamente era mayor que todas y cada una de ellas. El Herido repetía que la Vida retorna, a pesar de todo. Pero retorna con un Amor que sólo se puede nombrar desde la *fe*. El Resucitado arrancaba en sus apariciones el grito de Tomás: “¡Señor mío y Dios mío!”. Hacía explicitar la fe, sacaba al creyente que tenemos dentro para profesar el Amor capaz de abarcar todo desamor.
- Mostraba continuamente sus heridas, mientras provocaba una profesión de fe, “para que creyendo tengáis vida en su nombre” (Jn 20, 31). Es decir, para que, después de todo, se fuera y se viviera como Dios quería que se fuera y se viviera. El Resucitado permitía que cada uno se reconociera desde lo más esencial que se lleva dentro: y eso se llamaba *vocación*...

¿Os dais cuenta de lo que nos ha sucedido en estos días? Este Encuentro no era sólo entre nosotros, era con el Resucitado. Por eso ha tenido algo de tocar heridas, muchas –¿os acordáis ahora de la llamada 1?–; ha tenido algo de notar cómo la fe en nosotros pide ser actualizada –¿os acordáis ahora de la llamada 2?–; y ha tenido algo de reconocernos en nuestra vocación para vivir en ese estilo ignaciano que tanto queremos –¿os acordáis ahora de la llamada 3?–. Es decir, que hemos experimentado lo que Dios parece decidido a hacer cada vez que lo necesitemos para que la historia, y el mundo con ella, continúe siendo narrada por Él.

Os pido que no olvidemos cuanto nos ha pasado. Y que lo podamos expresar en esta Provincia, que somos todos, a la que Dios en toda ocasión

- le seguirá mostrando heridas,
- le invitará a seguir creyendo
- y le pedirá que viva desde lo más genuino de su vocación.